

*Me voy de este
pueblo tan querido.*

SERIE CUENTOS



AAC 1991

Me voy de este pueblo tan querido.

Sonia Montecino Aguirre

Este cuento-testimonio está basado en las historias testimoniales de María Berna y Gerónima Salvatierra, recopiladas en las Vegas de Turi por Max Montecino A.

SERIE CUENTOS





Ilustraciones: Eduardo Ortiz

Diseño y Producción: A. M. Icaza P. Mora

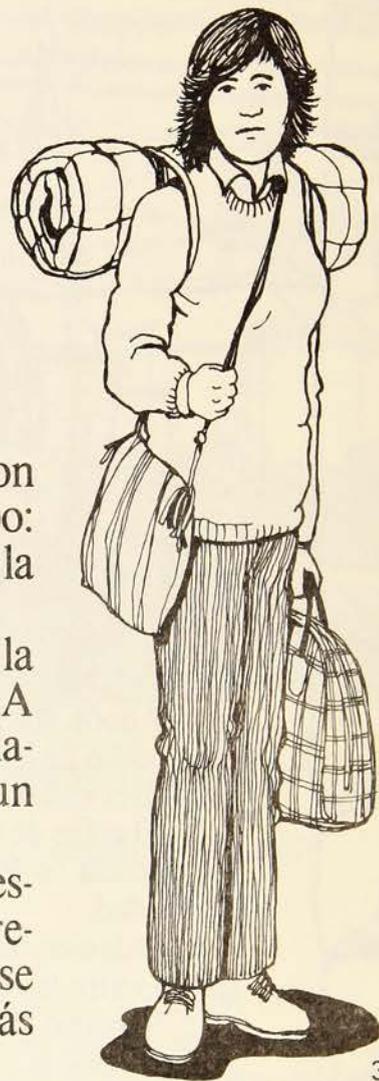


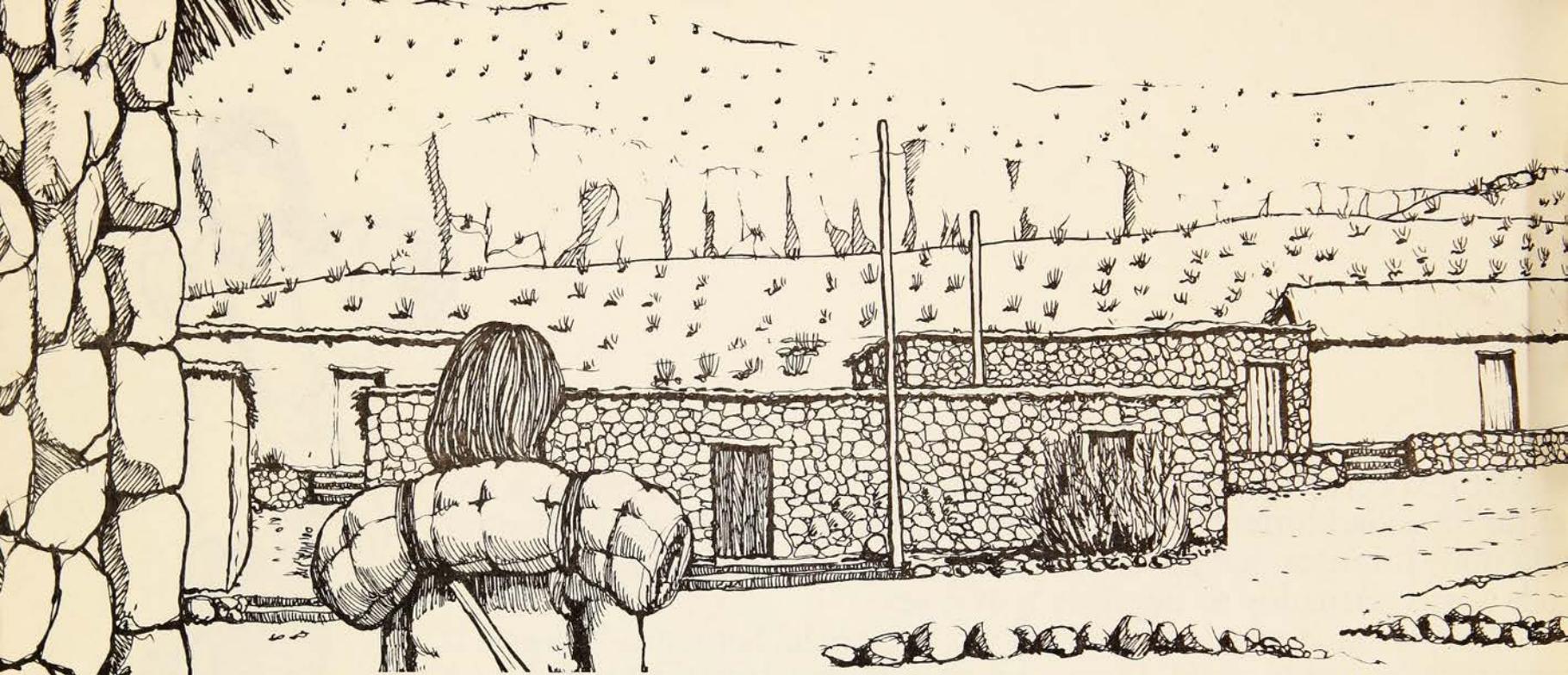
I

Micaela cerró sus ojos. El sol de la mañana invadía los rincones con una luminosidad hiriente. Esa sensación la acompañaría mucho tiempo: hacía unos minutos que los carabineros de Toconce le habían quitado la venda y sus párpados se negaban a abrirse.

Aún guardaba en su memoria la voz gruesa del Sargento: “¡A ésta la mandamos para el Norte!”. Luego, los sucesos ocurrieron muy rápido. A las dos de la madrugada la sacaron a ella y a otras dos mujeres del calabozo, les vendaron la vista y a empujones las subieron a cada una en un vehículo.

Con miedo y cansancio, Micaela se refugió en el sueño o en el desmayo, encogiéndose hasta sentirse como un caracol pensó: “Me van a reegar” y como esa idea le parecía más benigna que el castigo físico, se abandonó a ella sin saber cuántas horas llevaba de viaje ni cuántas másaltarían para llegar al “norte”.



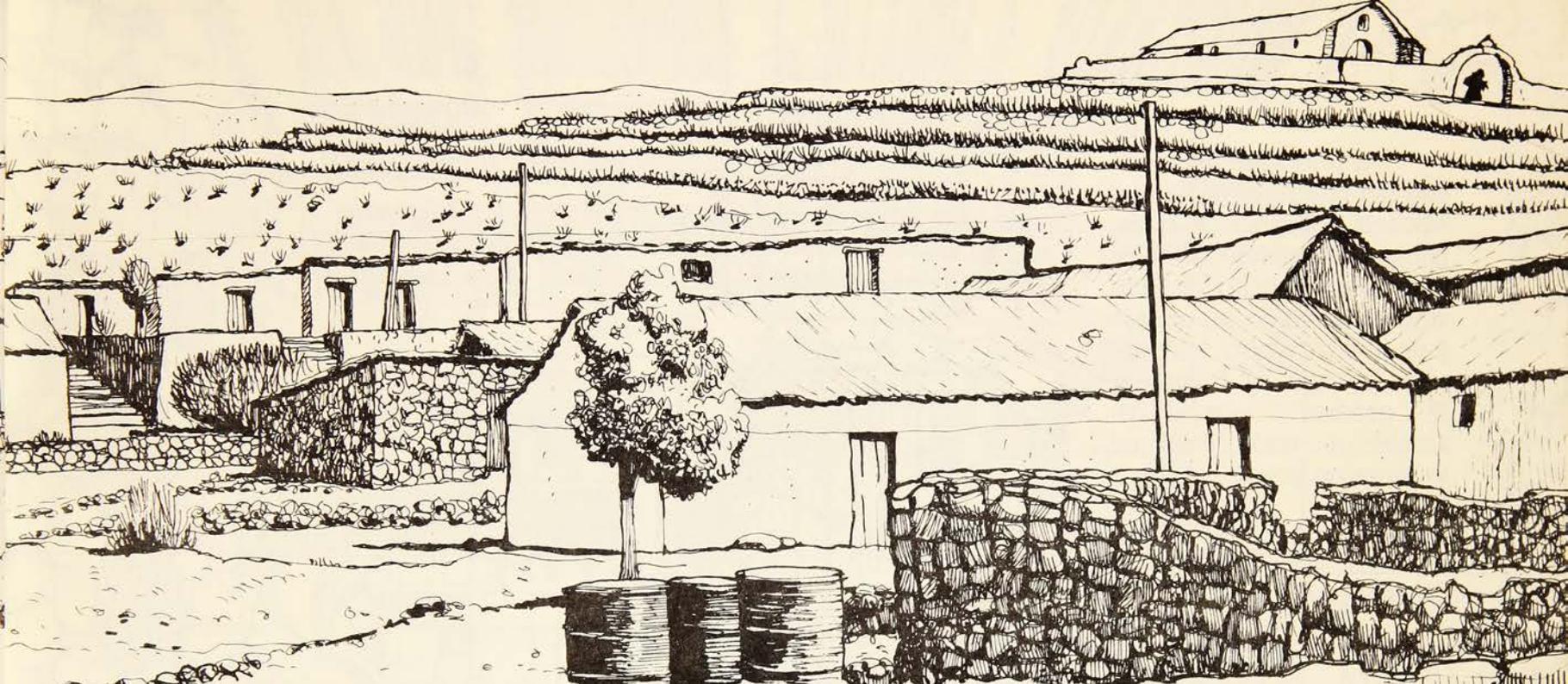


Ahora, sus pupilas querían retener la oscuridad porque el lugar donde se encontraba estaba hecho de luz. Lentamente, reconstruía el sitio: un poblado donde crecían casas blancas, dos o tres calles, pircas de piedra que dibujaban corrales. Silencio.

El golpe de la puerta tras su espalda fue el claro mensaje que los carabineros le enviaron y a Micaela no le quedó más que aventurarse por Toconce, por sus callejuelas estrechas, por su soledad.

“Alguien tendrá que ayudarme”, se decía para no desesperarse mientras caminaba hurgando entre las sombras.

Recorrió el pueblo desierto, enigmático y cuando ya se había resignado en la búsqueda, al pasar por la Iglesia de Toconce una figura se movió en la pared blanca. Apurándose, comprobó que alguien descansaba apoyando la espalda en el muro. Sus miradas se cruzaron y



Micaela pudo definir en la penumbra a una mujer. Conmovida por esa presencia sintió que el pecho se le apretaba cuando la mujer hizo aparecer en su rostro una media sonrisa, tibia, acogedora.

—Señora, me han relegado a este pueblo. Vengo de Santiago y no conozco a nadie aquí, no sé qué hacer... —le dijo atropelladamente.

—¿Relegado?, ¿qué viene siendo eso?

—Es algo como un castigo, yo participaba en una marcha y...

La mujer ya no escuchaba, Micaela la observó alejarse con un bulto. La siguió unos metros hasta que la mujer se dio vuelta y con un gesto de la cabeza le indicó que la acompañara. Subieron por la calle estrecha hasta llegar a una casa que en nada se diferenciaba del resto.

Al principio, la oscuridad del cuarto impedía que Micaela reconociera el espacio, sólo cuando la mujer prendió el pequeño fogón se sintió a salvo de un paisaje y de una situación desconocida. El calor del fuego era la primera sensación amable que tenía desde que la tomaron presa.



Yo soy Adelia Salvatierra
y soy la mayor de las hijas
de la señora Facunda.

Y yo, Micaela Burgos



A la tarde tengo que irme yendo pa' Ayquina,
aquí vine a ver la casa no más.
Mucho trabajo tengo
¿Usted no tiene dónde estar, no?

—No, y tengo que buscar un lugar donde alojar.
En unos días más mis padres y mis amigos
me enviarán dinero para pagar...



Nuestra "ISLA" anda mala.
a nosotras también nos ha pasado algo.



Nuevamente Micaela tuvo la impresión que Adelia
no la escuchaba, que la mujer vivía en una atmósfera que ella
no podía alcanzar:

—Mire que cosas se andan viendo,
¿cómo será que hacen tanto daño?



La mujer se calló. Contempló a la muchacha con pena “se parece un poco a la Carmenchu”, pensó, porque los ojos de Micaela eran oscuros y la chasquilla crecía ocultándole los arcos de las cejas. Micaela supo después que la Carmen era la hija menor de Adelicia y que estudiaba en el Liceo de Calama.

El bulto que traía la mujer era como una caja de sorpresas para la joven: envuelto en un paño un trozo de carne, tortilla, lana, palillos. Adelicia peló unas zanahorias y sopló el fuego. En una olla echó la carne.

—¿Tienes hambre? —le dijo pasándole un pan de trigo fresco.

Micaela tuvo conciencia, en ese momento, que hacía mucho tiempo que no comía y masticó con ansias el alimento que la mujer le ofreció.

Adelicia tenía 50 años y en su rostro fuerte una mezcla de ternura y acidez se le asomaba en los labios cuando hablaba. Todos sus gestos eran lentos, reposados, como si los meditara cuidadosamente. Mientras esperaban que el guiso estuviera listo, la mujer tomó sus palillos y urdió los puntos de una calceta. El fuego crepitaba y de la olla salía el primer hervor.

En un silencio sin tensiones, Micaela repasaba las palabras que había dicho Adelicia “la isla anda mala”, “nos ha pasado algo también”. Pero no se atrevió a quebrar la mudez de la mujer para saber qué era lo malo en ese lugar, en ese pueblo tan tranquilo.

—¿Se va a Ayquina conmigo? —le preguntó Adelicia revolviendo la carne.

Un “¡de todas maneras!” le salió desde el alma a Micaela. Se había prendado ya de la mujer, del mundo que le había prometido con su media sonrisa.

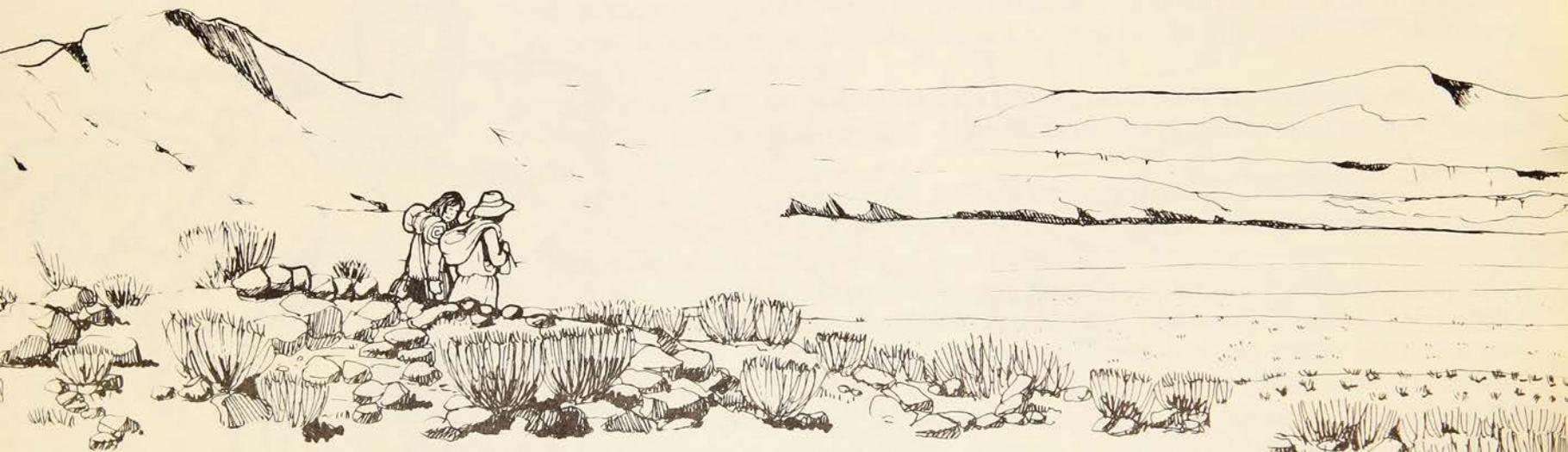
—Tengo eso sí que avisar al Retén, debo firmar todas las semanas un libro ¡creen que me voy a fugar!



II

—Aquí llueve poquito no más —contaba Adelicia al salir de Toconce, cargaba el atado a su espalda y con las manos libres continuaba tejiendo la calceta—. Lluvia ahora en Marzo, también en Enero y en Febrero. Lluvia buena que llega porque así vive este campo, esta vega y así crecen nuestros pastitos ¿allá en el sur, no es así, verdad?





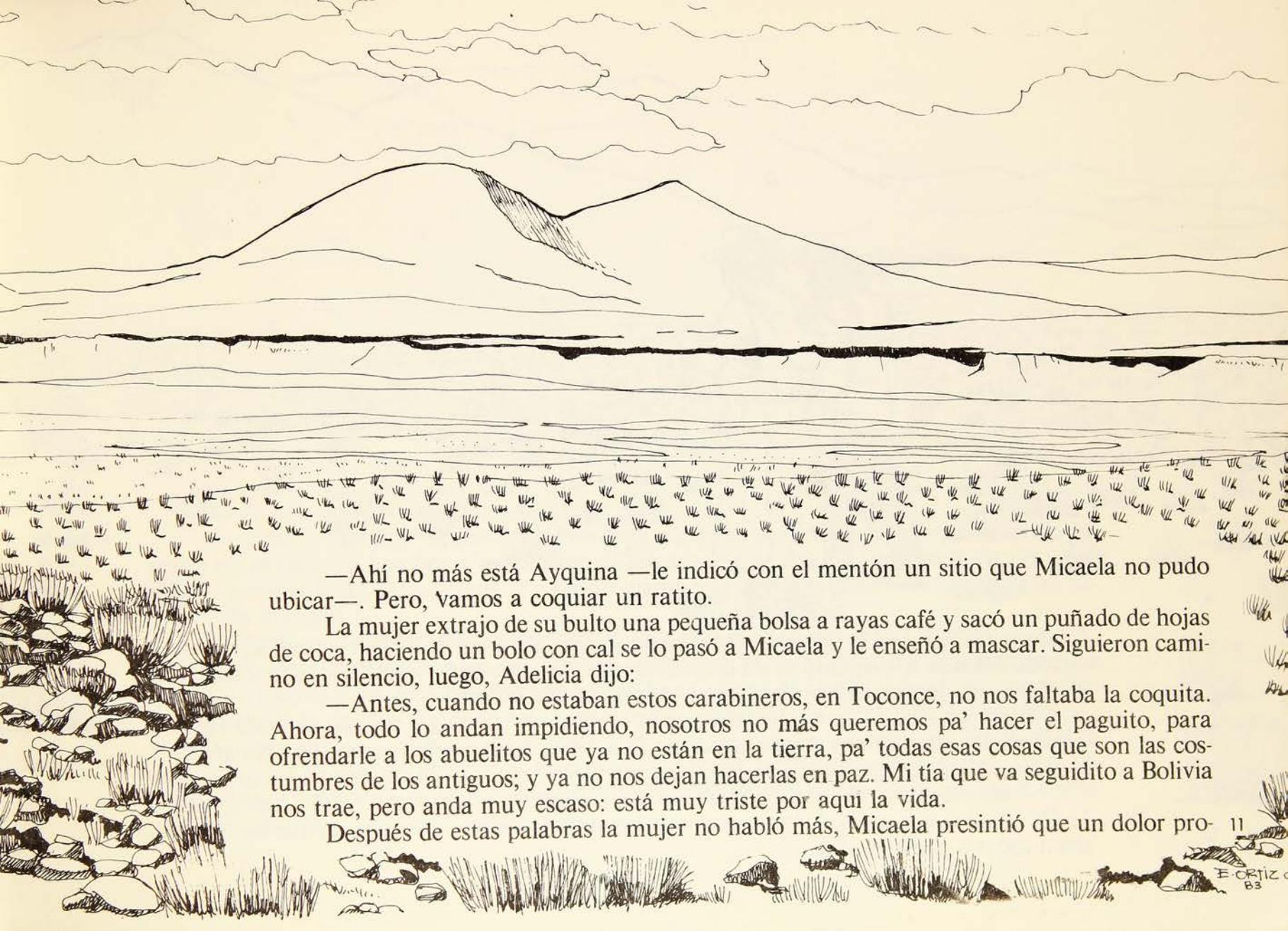
Micaela se entusiasmó contándole a su amiga, de la capital, de Santiago, que pocas veces tenía ese cielo tan limpio, de las formas de las casas y del campo en verano. Así, los kilómetros que avanzaban se transformaron en segundos y la enorme tierra árida que pisaban escondía su peligro tras quebradas y cerros. ¡Tenían tanto que decirse, tanto que conocer la una de la otra! Adelia le explicó que en Ayquina tenía casa y también en otro poblado, que tendría que ir a Turi, a la vega grande, porque sus animales ya la estarían reclamando: los llamos, los corderos y además, debía regar sus eras.

El viento se volvía cada vez más frío y ya comenzaba a caer la noche.

—¿Estás muy cansada? —quiso saber Adelia—; ¡en la ciudad no se camina tanto como aquí!

—Un poco, no sé cuánto hemos recorrido, ¿falta camino todavía?





—Ahí no más está Ayquina —le indicó con el mentón un sitio que Micaela no pudo ubicar—. Pero, vamos a coquiar un ratito.

La mujer extrajo de su bulto una pequeña bolsa a rayas café y sacó un puñado de hojas de coca, haciendo un bolo con cal se lo pasó a Micaela y le enseñó a mascar. Siguieron camino en silencio, luego, Adelicia dijo:

—Antes, cuando no estaban estos carabineros, en Toconce, no nos faltaba la coquita. Ahora, todo lo andan impidiendo, nosotros no más queremos pa' hacer el paguito, para ofrendarle a los abuelitos que ya no están en la tierra, pa' todas esas cosas que son las costumbres de los antiguos; y ya no nos dejan hacerlas en paz. Mi tía que va seguidito a Bolivia nos trae, pero anda muy escaso: está muy triste por aquí la vida.

Después de estas palabras la mujer no habló más, Micaela presintió que un dolor pro-



fundo se ocultaba en lo que había escuchado. Luego, Adelia pareció entrar en su mundo y cuando Micaela le preguntó si era casada, la mujer la miró con su media sonrisa y siguió caminando con la vista fija en las curvas insinuadas del horizonte.

La muchacha ya se estaba habituando al ritmo de su amiga, por eso, cuando volvió a hablar para contestarle la pregunta que le había hecho hacía por lo menos una hora atrás, no le causó extrañeza que su ánimo hubiera cambiado: Adelia vivía la amistad a su manera.

—Mi marido es el Juan Antonio Berna. Trabaja en los ferrocarriles de Antofagasta a La Paz, lo veo muy poco. Así pasa por aquí: las mujeres somos solas, ¿no ves que los hombres salen todos a trabajar afuera?



—¿Y cómo se las arreglan solas? |

—¡Puh! —exclamó Adelia riéndose de la ingenuidad de Micaela—, aquí teniendo ganado no se necesita hombre. Una se acostumbra a hacer de todo, a trabajar la tierrita, pastear el ganado, hilar, tantas cosas. Ya ves mi mamá po', cuando se murió el finado de mi papá, solita nos crió.

—Pero, ¿por qué se van los hombres si aquí hay para comer y vivir bien?

—Así son: ellos quieren ciudad, quieren trabajar en hospital, contadores quieren ser. La juventud toda está así. Mi otra chiquilla que está en Calama, la Benita, a ésa le dio por trabajar de empleada de casa. Yo le decía: "Allá te están pulmoneando, vente a tu tierrita mejor". Pero no me hizo caso, ahora anda de novia con uno del pueblo, ¿cómo lo irá a pasar? Y la Carmen, ésa sí que le gusta por aquí. Allá tiene su trabajo: estudiar, andar con los cuadernos... ¿Cómo irá a ser esto después?, digo yo, si toditos se van ya no vamos a existir más en esta isla.

Con la caminata, Micaela no sentía el frío. Impactada por la inmensidad del cielo y por el titilar de las estrellas intentó ordenar los hechos. Le parecía que no era ella la que vivía esa realidad. La angustia de su detención se iba quedando atrás y el recuerdo de la voz del Sargento se iba borrando hasta constituir un débil sonido. Se sentía más y más incorporada al calor que Adelicia le ofrecía, el paisaje, al rostro cobrizo de su amiga.

—Esta es mi casa de Ayquina —le dijo la mujer y encendió una vela, luego desató su bulto—. ¡Mira!, casi he terminado las calcetas, estas son de llamito y caldean menos que las de cordero, con este llevo cuatro pares hechos. Bueno, preparemos comida.

Micaela recorrió la casa: dos habitaciones separadas, cocina y dormitorio. Casa de piedra con techo de paja. Distinta a la de Toconce. En un ratito estaba tibia; el fogón era un vientre en movimiento que invitaba a descansar.

—Aquí todos tenemos casitas en los pueblos. Esta de Ayquina es mía con mi marido y la de Toconce también —dijo Adelicia como adivinando la curiosidad de la muchacha—. La casita que hay en Turi, esa es de mi mamá y ella tiene otra en Caspana. Según los meses vamos viviendo en cada una. ¿No ves que la tierra por donde nos movemos es tan grande? En una parte hay que pastear el ganado, en otra sembrar y así, ¿dónde iríamos a descansar si no?

Cuando la cena estuvo lista, Adelicia le pidió a Micaela que le cambiara las pilas a una radio cassette que la Benita le había regalado; ella apenas sabía manejar el aparato, no le gustaba, pero esa noche estaba contenta y le dijo que sintonizara una radio de Bolivia. Al son de guaitos sorbieron la sopa. “Ya me voy dejando triste todos los pueblos, ya me voy de este pueblo tan querido”, decía una canción y Adelicia con nostalgia le contaba a Micaela que para el Carnaval recién pasado, las bandas tocaban esa melodía.

Acostadas, siguieron conversando, y la muchacha se durmió con las imágenes de una gran fiesta en que se juntaban todas las soledades de los caseríos a cantar con quenás, zampañas y tambores, la compañía de los otros.



III

Estaban tomando el desayuno y entró Virginia, la hermana menor de Adelia. Un poco cohibida por la presencia de Micaela, se sentó en silencio a beber el té que le ofrecía la mujer. De vez en vez levantaba la mirada para observar a la joven y cuando sus ojos se encontraban, ella volvía a poner su atención en el fondo de la taza.

Adelia le explicó quién era Micaela y su problema. Virginia contestó con un “Está bien no más”.

—A esta la crié yo, de mi leche tomó esta niña —dijo Adelia apuntando a su hermana—. Mi mamá la tuvo a ella y yo me mejoré del Adrián, mi hijo mayor. Juntas parimos los niños —la mujer remojaba la tortilla de trigo en el té—. ¡Claro que yo no me casé! Pero tuve al chiquillo no más, mi papá lo reconoció como hijo, le dio su nombre.

—¿Y su papá no se enojó con usted por haber tenido su hijo sin casarse?

—¿Y por qué? Si ahora no más se andan enojando los padres cuando las niñas quedan con guaguas. Antes, nosotras estábamos a prueba un tiempo y después nos casábamos. Si el matrimonio no resultaba, una se iba a su casa de nuevo. Antes —Adelia alzó el tono de su voz y se dirigió a Virginia que escuchaba con la vista fija en la cuchara— criábamos los niños no más, si ahora es que están tan delicadas las niñas y pastillas andan tomando para no tener hijos.

Micaela percibió que el reclamo de Adelia algo tenía que ver con su hermana y para desviar la conversación preguntó:

—¿Cuándo irán a venir sus hijas? Tengo muchos deseos de conocerlas.

—La otra semana ya irán a venir, cuando han agarrado cuaderno es más difícil tenerlas aquí, ¿cómo nosotras no sabemos leer y estamos de lo más bien?

—Sí po' —habló por primera vez Virginia, despacito como para no quebrar algo—, lo más bien que nos quedamos en la tierrita, a cargo de todo. Cualquier trabajo hacemos aquí. Los hombres se van a estudiar, a la ciudad, se van por ahí...

—Yo quise ser hombre cuando niña —dijo Adelicia con la voz triste— porque el hombre sale para todos lados y las mujeres no salimos nunca. Bueno que a mí no me gusta salir tampoco. Cuando voy a Calama vuelvo con los huesos enfermos. Si no fuera por ir a buscarle la pensión a mi mamá, no iría.

—¡Ah!, su mamá está muy viejita entonces, no puede caminar.

—No tanto, es que a ella sí que no le gusta ir al pueblo, a Calama. No se halla y está todo el tiempo pensando en sus llamitos. Con esa pensión de viudez se ayuda ella, ¿no ves que mi papá trabajaba en las minas de Chuquicamata?

—Y él se enfermó de tanto trabajar en las minas —Virginia iba tomando confianza y ya hablaba un poco más alto—, se le enfermó primero la boca, ¡tenía toditos los dientes verdes!, luego la manito. Hasta hospital lo llevamos en Antofagasta y no hubo caso: ya se murió.

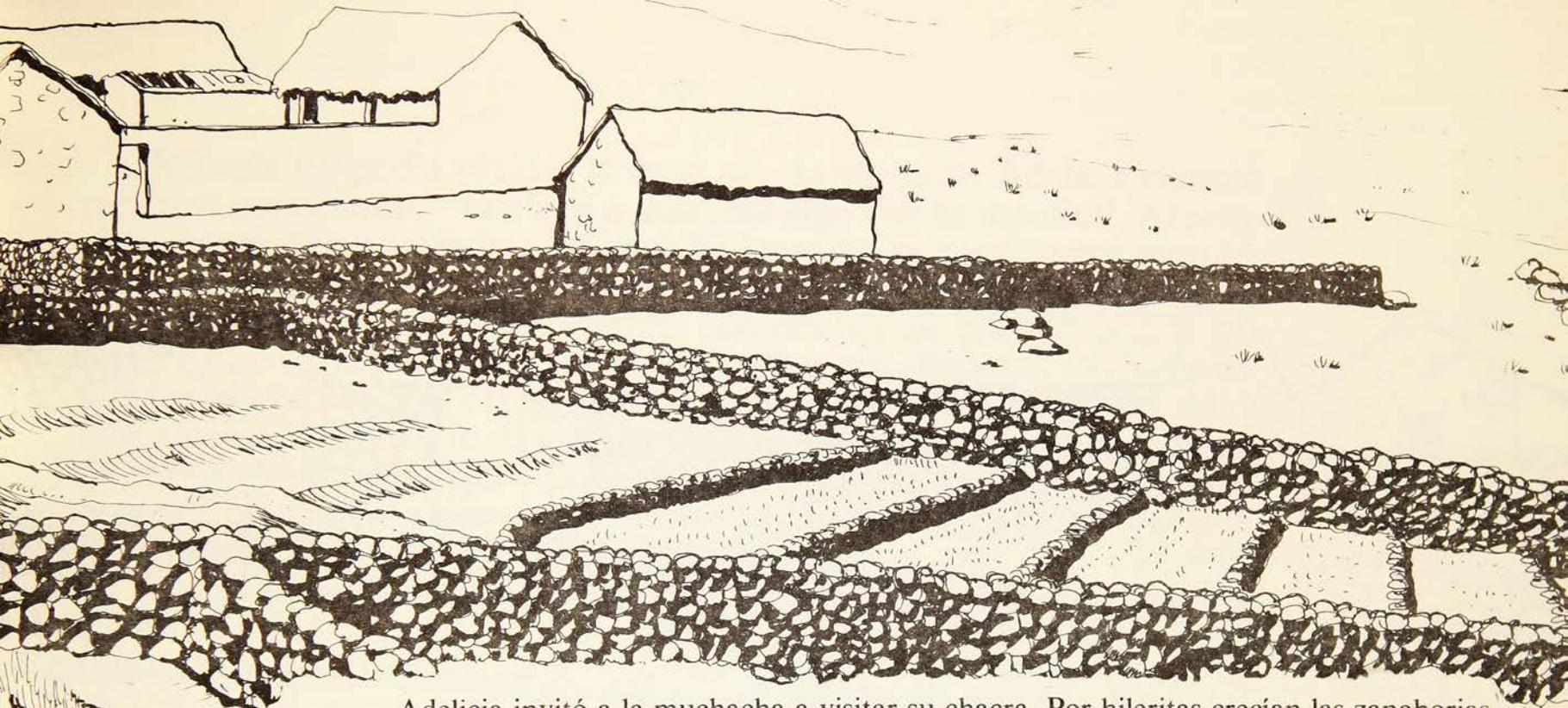
Micaela se enteró que la visita de Virginia era para avisarle a su hermana que al otro día vendrían los comerciantes a comprar calcetas, tejidos y que una de las dos tendría que quedarse para hacer la venta. Adelicia juntó en una bolsa calcetas, bufandas y guantes y se quejó a su hermana por los precios tan bajos que ofrecían los negociantes:

—¡Es una risa casi que nos hacen!

—Qué le vamos a hacer, si no, no tenemos plata.

Virginia se acercó a Micaela y le dio su mano, abriendo el cauce de la amistad. Quedaron de verse a la vuelta de Turi.

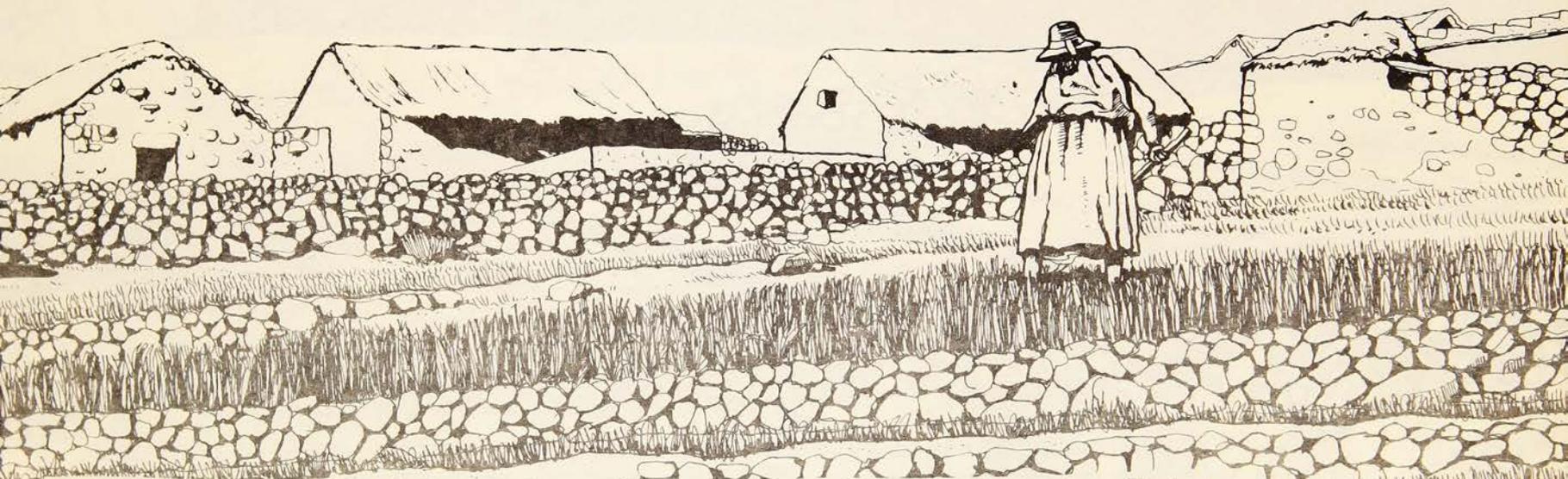




Adelicia invitó a la muchacha a visitar su chacra. Por hileritas crecían las zanahorias, las melgas de cebollas, el maíz, en un pequeño terreno al lado de la casa. El olor y el color de las verduras imponían, para Micaela, el sello de lo conocido en ese lugar donde no crecían árboles y la tierra era gris y seca, a veces violentamente desierta. Entonces, el verde de la chacra de Adelicia aparecía como el esfuerzo permanente de la mujer por germinar la vida.

—Más allá tengo mi terracita. Allí cultivo trigo, el maíz, papas también tengo. Esa terraza se riega por turnos, ¿no ves que el agua es tan escasa por aquí? Todos somos dueños del agua, pero elegimos un Alcalde que ordena el riego. Cada uno sabe cuándo le toca regar. Así cuidamos el agüita.

Micaela se sorprendió de la forma en que su amiga sembraba, por escaleras.



Ella hacía todo el trabajo de cultivo sola, algunas veces, la ayudaba un primo. Todo lo que producía su tierrita era para el alimento diario, “¿para qué vender?”, le decía. La joven se enteró de las miserias que les pagaban en la feria de Calama por las verduras y de lo costoso del trabajo de hacer crecer las plantas en ese lugar. Tenía razón Adelicia: no valía la pena comerciar en la ciudad.

—Ya me quedan poquitos riegos que hacer —le informó la mujer—, ahora el de Abril. En Agosto empiezo otra vez. Al final del último riego, voy a pelar el maíz, lo voy a guardar y así me lo llevo. ¡Nos falta el tiempo a nosotras! No hay por dónde aburrirse con tanto trabajo.

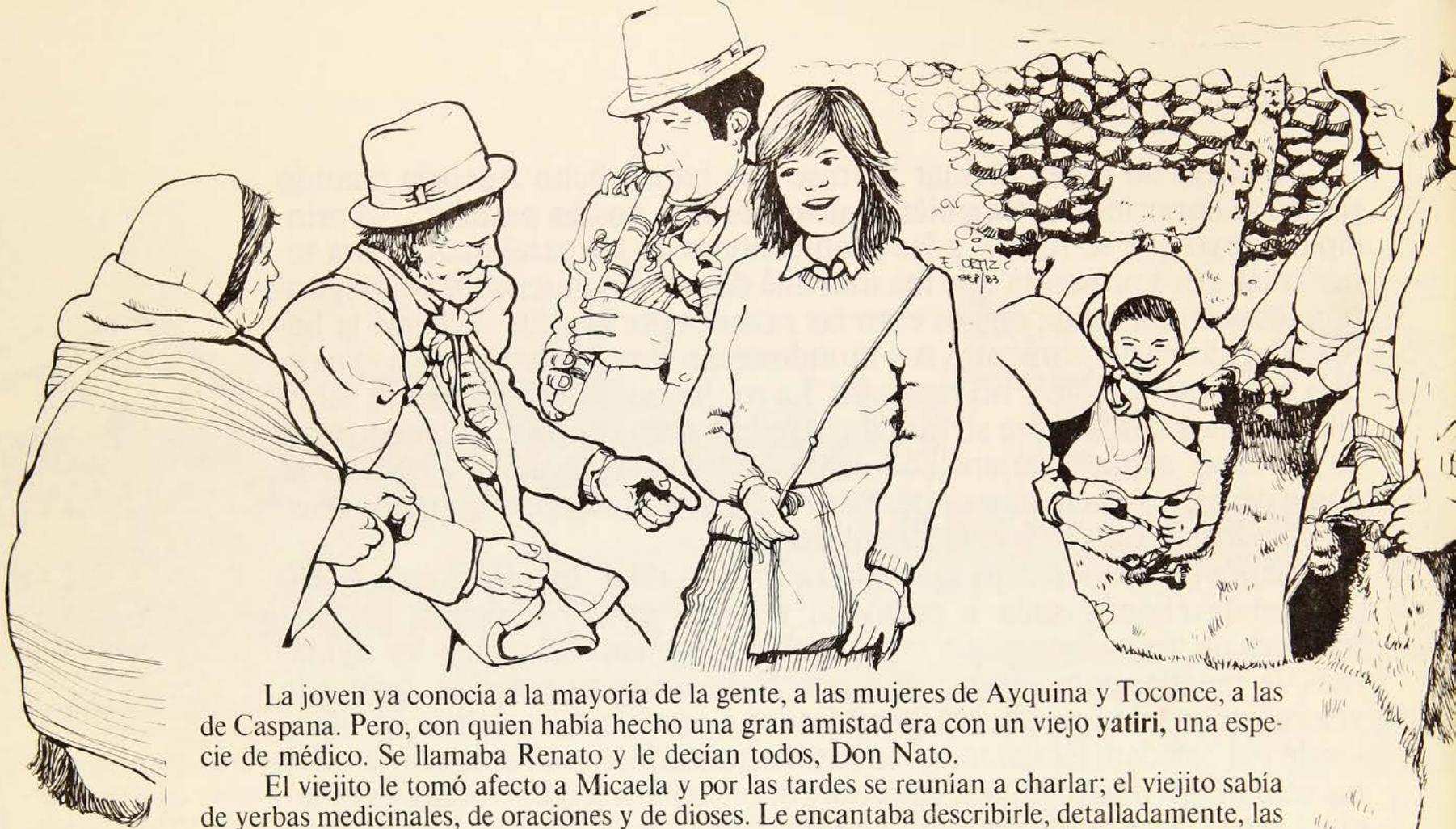
IV

Micaela no podía olvidar la frase que había dicho Adelicia cuando recién se conocieron: “**también a nosotras algo nos ha pasado**”. Al principio, creyó que se refería a las prohibiciones de los carabineros para tener coca, pero presentía que iba más allá de eso. La muchacha se preguntaba constantemente, cuáles eran las razones por las que Adelicia la había acogido cariñosamente: sus mundos eran tan distintos, incluso existían cosas que Micaela no entendía. La mujer no le preguntó nada sobre ella, algunos datos sobre su familia, su edad y eso fue todo. La incorporaba sin saber siquiera su apellido, le contaba hechos íntimos y en un lenguaje de gestos hacía que su permanencia, que su relegación fuera transformándose en una experiencia placentera.

La joven ocupaba sus días aprendiendo a hilar, ayudándole a Adelicia con la chacra, salía a pastorear con Virginia y aprendía las costumbres de los antiguos que le enseñaba su amiga, “así somos los aymará”, le repetía, para separar aún más claramente su realidad, pero a la vez mostrándole que ella podía aprender a ser como los demás habitantes de esa soledad. El tiempo se le pasaba volando, si no fuera por las visitas semanales que tenía que hacer a Toconce para recibir cartas y firmar en el retén, no se hubiera dado cuenta cómo corría el calendario.

Echaba un poco de menos a sus padres, pero Adelicia suplía con intensidad ese cariño

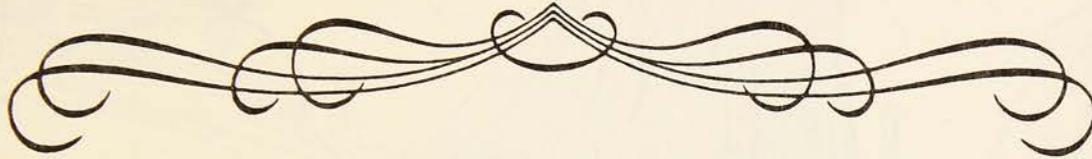
—Tú me acompañas y estoy feliz —le dijo un día Adelicia—, me recuerdas tanto a la Carmen.



La joven ya conocía a la mayoría de la gente, a las mujeres de Ayquina y Toconce, a las de Caspana. Pero, con quien había hecho una gran amistad era con un viejo **yatiri**, una especie de médico. Se llamaba Renato y le decían todos, Don Nato.

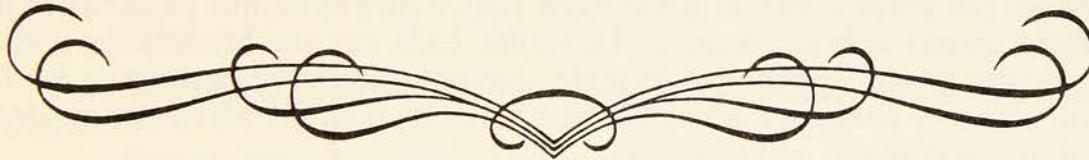
El viejito le tomó afecto a Micaela y por las tardes se reunían a charlar; el viejito sabía de yerbas medicinales, de oraciones y de dioses. Le encantaba describirle, detalladamente, las costumbres: lo lindos que se veían los llamitos para el floreamiento; la gente haciendo sus paguitos; y el carnaval de Febrero, con muchas bandas alegrando los días.

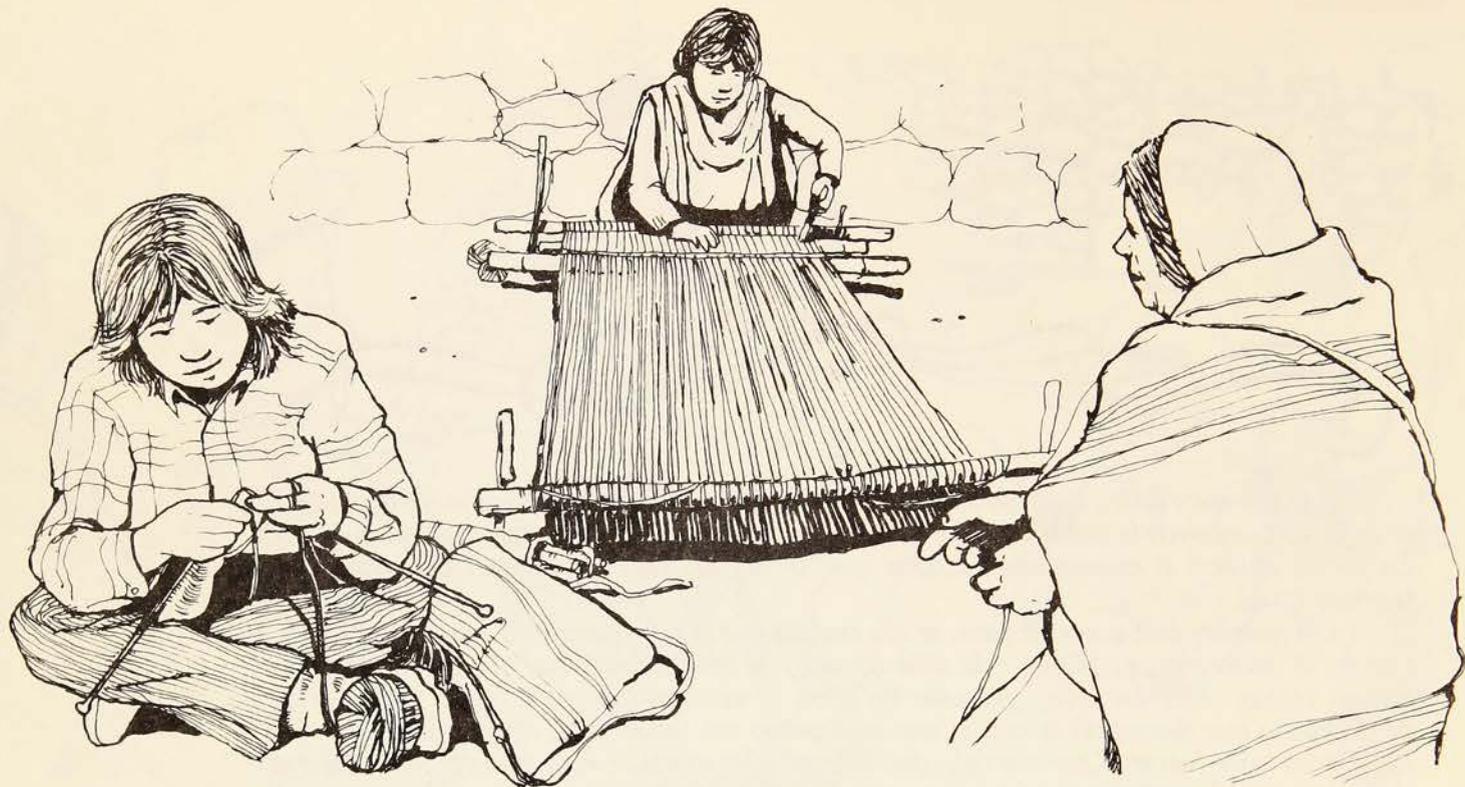
Sin embargo, lo que más le gustaba a Micaela eran los cuentos. Estos salían de labios de Don Nato, quien incansable pasaba horas y horas junto a Micaela, abriéndole su corazón y su cultura. Poco a poco, la gente se había acostumbrado a verla y no pocas veces la acompañaban a Toconce cuando tenía que firmar.



“Antes, muy antes, cuando aún no llegaban los españoles, existió una niña que jamás envejecía. Los cerros le habían dado el secreto de un manantial cuyas aguas tenía que beber. La joven enterró a numerosos maridos que se hacían viejos, mientras ella permanecía siempre igual.

Un hombre con quien se casó, se dio cuenta que ella no envejecía mientras que a él el tiempo le hacía marcas. Siguió a la niña un día y la vio bebiendo del manantial. El hizo lo mismo varias veces. La joven, pasados los años, se extrañó que ese hombre no se volviera viejo. Hasta que descubrió la razón: una mañana lo vio tomar agua de su manantial. Asustada, gritó muy fuerte: ¡Que hierva!, ¡que hierva! y las aguas se tornaron calientes. El marido murió por el calor. Esas aguas aún están hirviendo en la montaña. La niña no pudo bañarse más y se marchó muy rápido al lugar donde ya estaban sus parientes muertos”.

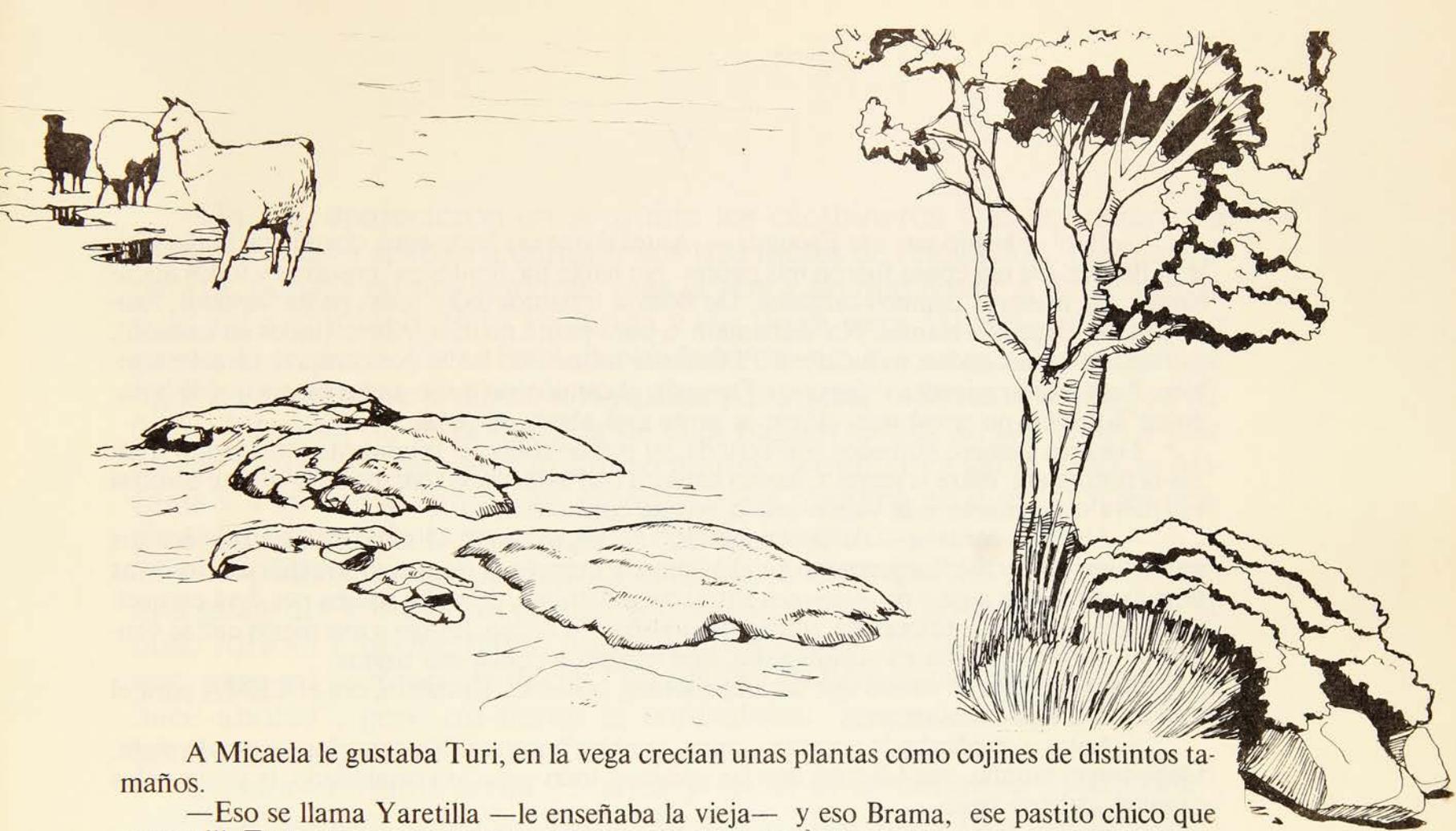




Pero, fue con Facunda, madre de Adelia con la que estrechó más vínculos. La anciana, a quien vio por primera vez en la Vegas de Turi, donde la familia pastaba el ganado, le ofreció su afecto apenas se la presentaron. La viejita, cada vez que Micaela iba a visitarla le tenía de regalo “pisangalla”, palomitas de maíz, que era costumbre hacer para las fiestas.

—Así mi niña —le contaba Facunda— siempre estoy hilando. Mi madre me decía: “Hila, hila, usted nunca deje eso: eso es plata”.

Las manos de la anciana se movían haciendo bailar el huso que muy pronto se llenaría de lana café de llamo o blanca de oveja con que Adelia y Virginia tejerían en sus palillos de cactus o en el telar. En los ojos y en el cuerpo de la anciana se leía la historia de su pueblo y de su tierra.



A Micaela le gustaba Turi, en la vega crecían unas plantas como cojines de distintos tamaños.

—Eso se llama Yaretilla —le enseñaba la vieja— y eso Brama, ese pastito chico que crece allí. Todo ese campo se llama Tolar—, le decía recorriendo con su mano la extensión.

Facunda, con su palabra iba llenando de significado un paisaje que antes, para Micaela no tenía nombre. Conoció los arbustos que crecían en el Tolar: la rica-rica, el pingo-pingo, el cachiuyuyo, la lejía. También aprendió a distinguir los animales y aves del mundo que habitaba Adelicia y Facunda: el chululo, que era como un ratoncito; el coscos, una lechuza; el lucho-lucho.

—¡Puh! —le dijo una vez Facunda—. Antes sí que era lindo aquí, cuando no había Chile ni Bolivia. De esa época fueron mis padres. No había na' límites pa' nosotros y todos andábamos con nuestros llamitos cargados. De Bolivia traíamos todo: sedas pa' los vestidos, azúcar, tecito, coquita traíamos. Na' de camión, a puro patita no más. Ahora ¡todos en camión!, ¡si hasta las niñas andan en bicicleta! El finao de mi marido le dio por comprar camión también, iba a buscar yareta pal fueguito. Después, el camión no quiso andar más y quedó botado en Toconce, no sirvió más. ¡Floja la gente está ahora mi niña!

Los ojos siempre húmedos de Facunda, su piel de cobre, el sombrero y las largas trenzas la distinguían entre la gente. Cuando hablaba con Micaela le tomaba de la mano, como si ese fuera un contacto más válido que la misma conversación.

—Ahora —contaba— en Toconce todos trabajan en el Mínimo y dejan botados sus animalitos, su tierrita. La juventud va al Mínimo y después, a puro emborracharse. Nosotras no más quedamos aquí y no queremos entrar a ese Mínimo, después, ¿quién nos dará carnecita y choclitos? Si no sembramos, ¿quién nos ayudará? Por eso, le digo a mis nietas que se vengán, al Adrián que está en Antofagasta, que vengán a cuidar sus tierras.

La muchacha se enteró que los negociantes, como los llamaban, era el CEMA para el cual hacían tejidos las mujeres.

—Antes —explicaba la anciana— puro cambiar nosotros. No conocíamos eso de plata. Llegó con el estudio, con Chuqui, con las iglesias y todo se ha ido cambiando, la gente ni los paguitos quieren hacer.

V

Un día, aparecieron en Ayquina los carabineros y le anunciaron a Micaela que ya se iban a cumplir sus tres meses de relegación, que se preparara, porque en dos semanas más la tendrían que llevar a Antofagasta y de ahí a Santiago. Para Facunda y sus hijas, para Micaela, el aviso dio paso a la tristeza. Ya se habían olvidado de que la joven cumplía un castigo. La anciana se trasladó a Ayquina para pasar más tiempo con “su niña” y Virginia no se despegaba de ella, habían salido tantas veces a pastorear los llamos que se sentían hermanas. Virginia ya sabía todo de Micaela y a su vez le confió sus secretos. Una mañana en que el sol les acariciaba el rostro la hermana de Adelicia le contó:

—¿Sabes porqué mi hermana se enoja conmigo? Es que quedé con una guaguita y me la fui a sacar a Calama, tenía 16 años. La Adelicia se puso furiosa y no me habló durante unos meses. Mi mamá me dio el favor, pero mi hermana le decía: “Necesitamos brazos pal trabajo y ésta se hace aborto”, pero mi mami le contestaba: “¿y qué sacamos?, si sale hombrecito, igual se va a ir”.

Ahora, Virginia tenía 25 años y todas la llamaban la “solterona”, Adelicia siempre le hacía bromas pesadas: “tan vieja ya y sin guagua”. Pero, ella ya no se sentía mal, decía que los tiempos cambiaban y que ya era hora que su madre y su hermana dejaran de vivir en el pasado.

Una noche antes de la partida de Micaela, sus amigas le prepararon una cena especial: carne de llamito asado con papas, tortillas de maíz a las brasas y la pisangalla que no podía faltar. También, se consiguieron un poco de “pusitunga”, una bebida de caña de azúcar que Facunda le encargó a Don Nato cuando viajó a Bolivia.

Para no mostrar su pena, Micaela andaba de un lado para otro. Apenas quería mirar el rostro de Adelia y cuando Facunda le tomaba la mano para contarle algo, se escabullía pretextando que tenía que preparar sus cosas, envolver sus regalos, dejarles su dirección. Salía a la noche y quería grabarse el cielo denso y el viento helado. Ya entraba Junio.

—No voy a poder olvidarlas —les dijo de pronto.

—Tampoco nosotras, mi niña.

—Tan parecida a la Carmen —suspiró Adelia.

Hacía mucho tiempo que la mujer no mencionaba ese nombre. Micaela, ya no se pudo aguantar y atropelladamente preguntó:

—¿Por qué no ha venido Carmen? Dime Adelia de una vez por todas qué pasa con tu hija.

Adelia se dio vuelta hacia el fuego y movió la carne. No quería hablar.

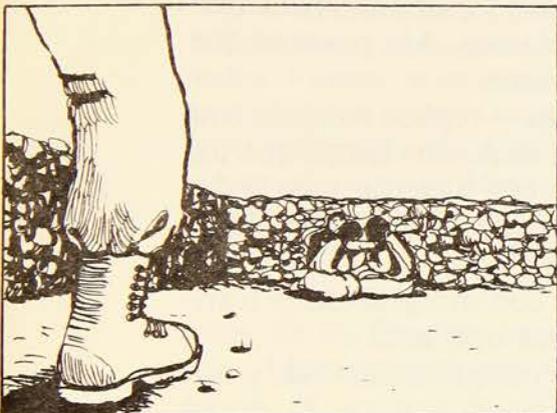
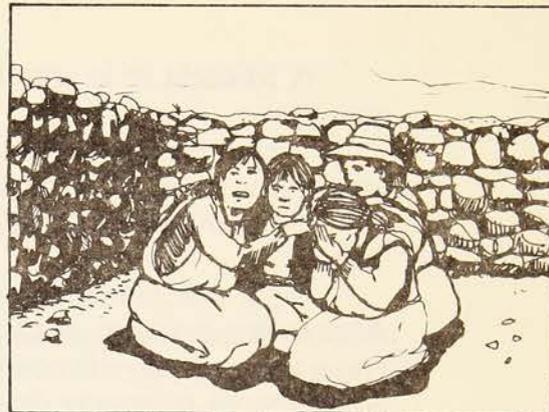
—Es que tiene miedo —dijo Facunda desde el rincón en que hilaba.

El silencio se hizo dueño de la casa. Las tres mujeres permanecieron mudas. Cada una en sus propios pensamientos, hasta que nuevamente Micaela interrogó:

—Pero, ¿por qué tiene miedo la Carmen?

—Es que pasó una cosa muy triste —le dijo la anciana tomándole la mano.

—Está bien —Adelia se incorporó y tomó un sorbo de pusitunga con un poco de té—, te voy a contar la verdad, ya eres como de nosotros.



Un día llegaron los militares, decían que por guerra estaban por estos lados no sé Nosotras con mi mamá estábamos en Turi porque había una oveja parida y la Virginia andaba en Toconce negociando un llamo. Las niñas estaban solitas aquí. Llegaron los militares y se metieron a la casa, las niñas arrancaron y dieron vuelta por el corral. ahí hay una casuchita para encerrar chivos Ahí se escondieron ellas -Micaela nunca había visto a Adelicia hablar tan rápido, era como si la mujer quisiera terminar lo antes posible con el relato— y los militares abrieron la casuchita y las tomaron Adelicia dejó caer unas lágrimas— y lo que pasó Micaela es que las violaron hicieron lo que quisieron con la Carmen y la Benita Don Nato nos fue a avisar después y les dio remedios para que no estuvieran enfermas

A Micaela se le apretaba el pecho, la angustia le impedía decir algo, miró a la anciana que dijo:

—Han pasado muchas cosas malas, mi niña, en Turi robaron ganado, en Caspana vol-tearon una casa, hicieron lo mismo con otras chiquillas...

—¿Y no hicieron nada?, ¿se quedaron todos de brazos cruzados? —casi les gritó Micaela.

—¿Y qué más íbamos a hacer? ¿Quién le cree a una india que un militar se la violó? Ahora ellos mandan en el país y nosotras más que somos mujeres, pobres e indígenas, ¿nos van a hacer caso? —le contestó Virginia, que como era su costumbre guardaba silencio cuando estaba en presencia de su madre y de su hermana.

—No creas mi niña, algo hicimos: nos juntamos todas las señoras y escribimos una carta. Un hijo de una señora trabaja en el regimiento y con él la mandamos. Ahí pusimos que maltrataron a tantas niñas, que robaron conejos, que robaron ganado...

—Esos estaban en Topaín, de allá vinieron a hacer las maldades —replicó Adelia con rabia—. Después que mandamos la carta nunca más han venido a molestar. Dicen que los castigaron y ya no han salido más; pero no pagaron nada los daños que hicieron y no le devuelven la confianza a las niñas para volver a su tierra. Dicen que los milicos que están ahora son otros, los cambiaron...

—¡Esos son los que no nos dejan vivir tranquilos! —exclamó con indignación la tranquila Virginia—. Por eso, la Carmen y la Benita ya no quieren estar más aquí...

—Sí po', ya no quieren vivir aquí y la verdad es que da miedo porque están solas y nosotras ya no somos tan valientes —acotó con voz dolida la anciana.

Al enterarse del significado de la frase que le había escuchado a Adelia **“a nosotras también algo nos ha pasado”**, Micaela volvió a sentir la rabia que la había conducido a la cárcel y se acordó de las razones por las cuales estaba en ese norte, con Facunda, su hija y Virginia. El relato la había llenado de impotencia, pero a la vez de estímulos, veía a esas mujeres luchando por sobrevivir, por hacer una vida más justa, reclamando sus tradiciones, su derecho a vivir tranquilas en su territa, el deseo de continuar con sus propias costumbres. La pregunta de Adelia interrumpió sus pensamientos:

—Algo así te habrán hecho a ti en Santiago. Por eso me compadecí al verte, te pareces tanto a la Carmen que era como si ella viniera a verme todos los días. ¿Por qué te castigaron?

—Bueno, es un poco largo, pero les diré:

— *Yo estoy en una organización de mujeres, que busca el respeto a la mujer y el cumplimiento de sus derechos. Vivimos en un mundo que nos menosprecia, que ve a los indios, a los que tienen otro color de piel, a las mujeres, en un nivel bajo* —Facunda le tendió un poco de pusitunga a Micaela y se acomodó en el pisito para escuchar su relato— *Hace mucho tiempo, en un país que está muy lejos, un grupo de mujeres murió el 8 de Marzo. Fueron asesinadas por reclamar un horario de trabajo justo y un mejor salario. Con unas compañeras nos pusimos de acuerdo porque pensamos que era bueno acordarse de la muerte de esas mujeres*

—Así es mi niña —la interrumpió la anciana— nunca hay que olvidarse de los antiguos, de los finados, hay que hacerles sus paguitos, recordarlos pa' que nos ayuden.

Micaela miró con ternura a Facunda y no pudo dejar de sonreír al escuchar sus palabras, la anciana hablaba desde una verdad de todos. Virginia escuchaba atentamente y Adelia dejó de lado su tejido para poner más atención.



—Así, pensamos en hacer una marcha pacífica por las calles, recordando a estas mujeres. Y varias nos pusimos de acuerdo. Salimos a eso de las 7 de la tarde, ¡nos juntamos muchísimas en el centro! Mujeres jóvenes, obreras, algunas campesinas. Ibamos muy tranquilas desfilaro y llegaron los carabineros. Sin decir nada, comenzaron a apalearnos, a insultarnos. Llevaron presas a muchas mujeres y entre ellas a mí.

Adelicia se pasaba un pañuelo por los ojos y la anciana respiraba hondo para no llorar. Virginia ponía más yareta al fogón y no se sabía si el humo le humedecía la mirada o la pena.

—Entonces, me llevaron a una comisaría donde me ficharon y me echaron a un calabozo. Luego, en la noche me vendaron los ojos y me metieron en un furgón, ¡no sabía dónde me iban a llevar! Yo pensé que me conducirían para pegarme y hacerme torturas, pero vi la luz en Toconce y eso me calmó.

—¡Ay que está malo el mundo, mi niña! Así como cuentas lo malo anda jugando en todas partes. Aquí, que era nuestra isla, nuestra tranquilidad, la jodieron. Nos están llevando hasta el agua, dicen que está faltando agua en Antofagasta y nos quitan la nuestra...

—Sí po' —saltó Adelicia— todas las aguas se están llevando. Ahora no sabemos si nos van a dar, ¡se va a secar todo esto y no va a servir pa' ganado!

Virginia asentía con la cabeza y servía la cena. Colocaron la radio y junto al efecto del pusitunga bailaron unos guainitos. Se sentaron junto al fogón a descansar y a conversar, al final la anciana Facunda dijo:

—Antes no pasaba tanto lo malo, jamás maltrataban las mujeres, ni que vinieran personas como tú mi niña con un castigo a nuestras tierras, aquí llegaban los gringos o chilenos buscando flechas de los antiguos, nada más, pero como tú, nadie, **¿cómo podemos seguir así?**

Continuaron hablando hasta que no hubo más calor en el fogón. Durmieron muy poco y al otro día, apenas salió el sol, partieron Facunda y sus hijas a dejar a Micaela a Toconce. Se unieron con ellas algunas vecinas y Don Nato. Era como una procesión la que se dibujaba sobre los vericuetos del camino, la que recortaba su sombra en las quebradas. La muchacha, emocionada no podía emitir palabras, la vieja Facunda le tenía una mano tomada, con la otra sostenía la bolsa de pisangalla que le había preparado para el largo camino de vuelta.



EDUARDO ORTIZ
SOFT/83

CARTA QUE MANDO MICAELA A ADELICIA

Santiago, 14 de Junio

Mi recordada Adelia:

Hace cuatro días que llegué a Santiago y es tanto lo que las quiero que me apresuro en escribirles esta carta. Me fueron a recibir al terminal de buses mis padres y mi hermano. Mi mamá lloró muchísimo al verme y apenas bajé se abrazó a mi cuello y no me soltaba. Al rato, se dio cuenta que yo estaba muy bien y se puso muy contenta.

Ese mismo día, fueron a la casa algunas compañeras con las que habíamos caído juntas en la marcha. Quisieron que les contara todo lo que viví junto a ustedes, ¡no les podía decir lo difícil que era hablar o definir a personas como Don Nato, como la Abuelita Facunda! Estaba también una amiga que relegaron, pero al Sur del país, allá lo que sobra es agua. Susana, así se llama mi amiga, llegó a la cordillera, donde viven otros indígenas de este país que se llaman mapuches, ¡allá hasta le cambiaron nombre y le pusieron Iupaipi! Pero creo que nunca aprendió lo que yo con ustedes.

Después de todo, Adelia, la relegación fue lo mejor que pudo haberme ocurrido: conocer a mujeres como ustedes, a tu hermana y a tu mamá —mi abuelita ahora—, que luchan y que no se desaniman con todo lo malo que está pasando y sobre todo saber que conservan el corazón limpio y abierto. Jamás me sentí sola y aprendí que nuestro país no es uno solo sino que miles, porque cada caserío es un mundo propio, cada persona es un universo. ¡Ojalá que no logren que eso se pierda!

Por favor saluda de mi parte a Don Nato, dile que no puedo olvidar el cuento de la niña que nunca envejecía y también dále abrazos a las vecinas. Para la Virginia un beso grande, para la abuelita Facunda todo mi amor y dile que le mandaré sus encargos (la anilina morada). Para ti Adelia, todo el cariño del mundo.

Micaela

P.D.: Iremos con toda mi familia a verlas en Febrero, ¡espérennos y no se olviden de mí!

CARTA QUE MANEJA NUESTRO ASESORIA

BIBLIOTECA NACIONAL
SERVICIO DE MATERIALES TECNICOS

D	<input checked="" type="checkbox"/>	06 FEB. 1984	D	<input type="checkbox"/>
Ca	<input type="checkbox"/>		Co	<input type="checkbox"/>

SECC. CHILENA

Invierno 1983

PROGRAMA DE ESTUDIOS
Y CAPACITACION
DE LA MUJER CAMPESINA
E INDIGENA - PEMCI



CIRCULO DE ESTUDIOS DE LA MUJER
ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO